

Arzobispado de Salta
Comisión Arquidiocesana de Liturgia



Celebrar Juntos

Material para el estudio
y la pastoral litúrgica

Edición Especial Semana de la Solemnidad de
Todos los Santos y Conmemoración de los Fieles difuntos.

Año XVI Nº 13
Primera Semana de Noviembre 2023

liturgiasalta@gmail.com

Material para las celebraciones litúrgicas dominicales

MONICIONES

MIÉRCOLES 1 DE NOVIEMBRE MONICIONES PARA LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA DE LA SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS – CICLO LITÚRGICO A.

JUEVES 2 DE NOVIEMBRE MONICIONES PARA LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA DE LA CONMEMORACIÓN DE LOS FIELES DIFUNTOS – CICLO LITÚRGICO A.

DOMINGO 5 DE NOVIEMBRE MONICIONES PARA LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA DEL DOMINGO XXXI DURANTE EL AÑO – CICLO LITÚRGICO A.

ORACIÓN UNIVERSAL O DE LOS FIELES TIEMPO DURANTE EL AÑO PARA CADA DÍA DE LA PRIMERA SEMANA DE NOVIEMBRE.

COMENTARIOS BÍBLICOS DEL EVANGELIO DE LA SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS, CONMEMORACIÓN DE LOS FIELES DIFUNTOS Y DOMINGO XXXI DURANTE EL AÑO, CICLO A.

AMBIENTACIÓN

Queridos todos: los santos contemplan el rostro de Dios y se alegran plenamente de esta visión. Son los hermanos mayores que la Iglesia nos ofrece como modelo porque, pecadores como cada uno de nosotros, todos han aceptado dejarse encontrar por Jesús, a través de sus deseos, sus debilidades, sus sufrimientos e incluso sus tristezas. Nos ponemos de pie para iniciar la celebración de la eucaristía, cantando.

LITURGIA DE LA PALABRA

Podemos tomar asiento. Dejemos fuera de nuestro corazón toda preocupación inútil y pongamos atención a la Palabra que se proclamará.

DESPUÉS DE LA HOMILÍA

Meditamos brevemente en silencio.

ORACIÓN UNIVERSAL O DE LOS FIELES

"Santifica tu Iglesia, Señor".

Concede a tu Iglesia ser siempre fiel a su propia vocación, para que sea signo de la presencia de Cristo en el mundo. **Oremos.**

Sostiene a los esposos con la gracia de tu Espíritu, para que irradian la alegría del Evangelio. **Oremos.**

Impulsa entre nosotros a personas caritativas, para que las esperanzas de los más necesitados no queden defraudadas. **Oremos.**

Revela tu rostro a todos los que aún no creen, para que se abran a la novedad del Espíritu. **Oremos.**

Permítenos responder a tu llamado de santidad, para que un día podamos participar de la gloria de los que nos han precedido en el cielo. **Oremos.**

LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

Podemos tomar asiento. Cada uno es responsable de sostener económicamente el culto. Este es el momento de hacerlo generosamente. Muchas gracias. Cantamos.

COMUNIÓN

La asamblea festiva de los santos se alimenta del Cuerpo Eucarístico de Jesús. Acerquémonos a recibirlo.

DESPUÉS DEL ÚLTIMO CANTO DE COMUNIÓN

Alabemos al Señor con nuestro silencio orante.

AMBIENTACIÓN

Hermanos todos: La muerte es el paso a la plenitud de la vida verdadera, por lo que la Iglesia, invirtiendo la lógica y las expectativas de este mundo, llama “Día del nacimiento” al día de la muerte, día de su nacimiento para el cielo, para la vida nueva que a todos nos espera. La muerte del cristiano es un acontecimiento de gracia, que tiene en Cristo y por Cristo un valor y un significado positivo. Nos ponemos de pie para iniciar la Celebración de la Eucaristía cantando.

LITURGIA DE LA PALABRA

Podemos tomar asiento. Encontremos consuelo en las palabras que ahora escucharemos.

DESPUÉS DE LA HOMILÍA

Meditamos brevemente en silencio.

ORACIÓN UNIVERSAL O DE LOS FIELES

“Dios de la esperanza, escúchanos”

Conduce al bendito descanso de tu reino a quienes han luchado la batalla de la fe en este mundo. **Oremos.**

Concede a los obispos, presbíteros y diáconos que han desempeñado su ministerio entre nosotros, la plenitud de vida y el gozo prometidos a los servidores fieles. **Oremos.**

No abandones a ninguno de los que has confiado a Cristo, buen pastor, maestro y guía de los pastos eternos. **Oremos.**

Danos el sentido cristiano de vivir y morir y la certeza de que la vida no termina, sino que se transforma. **Oremos.**

Purifica nuestra alma con el fuego de la caridad, así anticipamos el cielo en la tierra. **Oremos.**

LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

Podemos tomar asiento. Cada uno es responsable de sostener económicamente el culto. Este es el momento de hacerlo generosamente. Muchas gracias. Cantamos.

COMUNIÓN

Jesucristo muerto y resucitado se une a nosotros en la Eucaristía. Anticipemos el Cielo en la tierra, recibiendo este alimento.

DESPUÉS DEL ÚLTIMO CANTO DE COMUNIÓN

Alabemos al Señor con nuestro silencio orante.

AMBIENTACIÓN

Queridos hermanos todos. Ser cristiano significa no tanto respetar ciegamente fórmulas o preceptos, sino dar a Cristo a los demás, a través de una vida honesta, para que, gracias al apostolado de la oración, del sufrimiento y de las obras, cada uno pueda convertirse en fuerza viva del Evangelio de Cristo. Nos ponemos de pie y cantamos.

LITURGIA DE LA PALABRA

Podemos tomar asiento. Dejemos que la Palabra de Dios conecte con nuestro corazón y así se obre la transformación interior.

DESPUÉS DE LA HOMILÍA

Meditamos brevemente en silencio.

ORACIÓN UNIVERSAL O DE LOS FIELES

“Señor, ten piedad”

Por la santa Iglesia: que inquiete los corazones con su testimonio y así, todos aguardemos con esperanza la venida del Reino de Dios. **Oremos.**

Por los laicos: que, viviendo el sacerdocio bautismal, llevan el auténtico espíritu cristiano a las realidades ordinarias, para el crecimiento del Reino. **Oremos.**

Por las poblaciones afectadas por la guerra, el terrorismo y las catástrofes naturales: que, sostenidas por la solidaridad fraterna, pueden mirar al futuro con esperanza renovada. **Oremos.**

Por los voluntarios que dedican su corazón, su energía, su tiempo y sus recursos a los desfavorecidos: que encuentren su recompensa en la mirada secreta del Padre Bueno. **Oremos.**

Por nosotros reunidos aquí alrededor del altar del Señor: que la Eucaristía que celebramos aumente en nosotros la fe y la esperanza en la vida que nunca muere. **Oremos.**

LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

Podemos tomar asiento. Cada uno es responsable de sostener económicamente el culto. Este es el momento de hacerlo generosamente. Muchas gracias. Cantamos.

COMUNIÓN

Las contradicciones que nos agobian encuentran un punto de unidad en la Eucaristía que ahora se nos ofrece como alimento. Acerquémonos a recibirlo.

DESPUÉS DEL ÚLTIMO CANTO DE COMUNIÓN

Alabemos al Señor con nuestro silencio orante.

ORACIÓN UNIVERSAL O DE LOS FIELES PARA LA SEMANA

“En la oración universal u oración de los fieles, el pueblo, ejercitando su oficio sacerdotal, ruega por todos los hombres”. Así expresa la Introducción del Misal el sentido de este momento de la celebración (en la tercera edición, nº 69). Por eso, podemos decir que lo más importante de la oración de los fieles es cuando toda la asamblea, respondiendo a las intenciones que propone el lector, ora conjuntamente con la respuesta como pueblo sacerdotal que intercede ante Dios por la humanidad.

Viernes 3 de Noviembre
“Escúchanos, Señor”

Para que la Iglesia siga anunciando el Reino de Dios, confiando en el germen de bien que existe en cada ser humano. **Oremos.**

Para que nuestros líderes trabajen para promover esa libertad que es fruto de la búsqueda sincera de la verdad. **Oremos.**

Para que la indiferencia ante el sufrimiento se transforme en solidaridad que hace a todos partícipes de la misma mesa. **Oremos.**

Para que nuestra comunidad no busque amistad y apoyo de los poderosos, sino que descubra el rostro de Cristo en los hogares de los pobres y marginados. **Oremos.**

Para que el impulso del pan partido en la Eucaristía nos lleve a vivir la caridad de Cristo en las calles de nuestro barrio. **Oremos.**

Sábado 4 de Noviembre

“Purifica a tu Pueblo, Señor”

Da a tu Iglesia la fuerza para vivir y anunciar la paternidad que nos hace a todos hermanos. **Oremos.**

Escucha la oración de los pobres que ponen en ti toda su esperanza, y muéstrales tu rostro. **Oremos.**

Convierte los corazones de los poderosos de la tierra para que colaboren con honestidad y prontitud en el destino universal de los bienes. **Oremos.**

Ayuda a los padres a educar a sus hijos en la elección de los valores morales y religiosos. **Oremos.**

Enseña a nuestra comunidad el servicio humilde y generoso a nuestros hermanos. **Oremos.**

COMENTARIOS BÍBLICOS EXEGÉTICOS AL EVANGELIO DE LAS SOLEMNIDADES, CONMEMORACIONES Y DOMINGO XXXI DURANTE EL AÑO, CICLO A.¹

Solemnidad de todos los santos

Mateo 5,1-12

Al ver a la multitud, subió al monte. Se sentó y se le acercaron los discípulos.

Tomó la palabra y comenzó a enseñarles del siguiente modo:

Felices los pobres de espíritu, porque el reino de los cielos les pertenece.

Felices los afligidos, porque serán consolados.

Felices los desposeídos, porque heredarán la tierra.

Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

Felices los misericordiosos, porque serán tratados con misericordia.

Felices los limpios de corazón, porque verán a Dios.

Felices los que trabajan por la paz, porque se llamarán hijos de Dios.

Felices los perseguidos por causa del bien, porque el reino de los cielos les pertenece.

Felices ustedes cuando los injurien y los persigan y los calumnien [falsamente] de todo por mi causa.

Alégrese y pónganse contentos porque el premio que les espera en el cielo es abundante. De ese mismo modo persiguieron a los profetas anteriores a ustedes. – Palabra del Señor

El hombre ha experimentado siempre una profunda necesidad de encontrarse con Dios, de interrogarlo, de conocer sus pensamientos, de descubrir sus designios. Pero ¿dónde encontrarlo? ¿Dónde poder tener una cita con Dios? En tiempos antiguos se pensaba que el lugar ideal era la cumbre de los montes, especialmente de aquellos montes considerados como lugares sagrados. Israel también pensaba así. Abrahán, Moisés y Elías han tenido sus experiencias religiosas más fuertes “en el monte».

Mateo coloca el primer discurso de Jesús en un monte, identificado por la devoción cristiana con la colina que domina Cafarnaún. Las religiosas que custodian el lugar lo han transformado en un oasis de paz, de recogimiento, de reflexión, de oración. Paseando bajo los árboles majestuosos, envueltos en el susurro de las hojas movidas por la brisa que desciende de las cumbres nevadas del Líbano, contemplando desde lo alto el lago, tantas veces surcado por la barca de Jesús y sus discípulos, uno se siente naturalmente impulsado a elevar la mirada al cielo y el pensamiento a Dios.

Por más sugestiva que sea esta experiencia, el monte del que habla Mateo no hay que entenderlo en sentido geográfico, sino en su significado teológico. Más que un lugar concreto, el “monte» es cualquier lugar o momento en que nos abrimos a la palabra de Dios.

Podemos visualizar la escena: Jesús abandona la llanura. Es como si abandonara la tierra donde se mueven las personas “normales» que siguen la lógica de este mundo, es decir, aquellas que se rigen por la “sabiduría» y la astucia mundana, esa “sensatez» maligna que lleva a razonar así: “la salud lo es todo»; “lo que cuenta es el éxito»; “dichoso aquel que posee una abultada cuenta bancaria»; “feliz quien puede viajar, divertirse, quien no se priva de ningún placer»; “a mí lo que me interesa es el sexo»; ¿sacrificarse, practicar renunciaciones en favor de los demás? ¡Ni pensar!».

¿Podrá llegar a ser una “persona realizada» quien hace suyas semejantes propuestas de vida? ¿Qué piensa Dios de todo esto?

Para no correr el riesgo de desperdiciar nuestra existencia es necesario también conocer la opinión de Dios. Subamos hoy, pues, con Jesús al monte para escuchar sus propuestas de felicidad, de éxito, de bienaventuranza. Serán propuestas desconcertantes, incluso insensatas para quienes tienen la mente absorbida por las propuestas sugeridas por la “sabiduría» de este mundo. Escuchémosle y tratemos de comprenderle.

Bienaventurados los pobres de espíritu.

¹ Comentario del P. Fernando Armellini, biblista.

Es casi imposible enumerar las diversas interpretaciones de esta bienaventuranza. Algunos la han banalizado sosteniendo que se refiere a los miserables, a los pordioseros, a los mendigos. Serían éstas las personas ideales en que Dios se complace y, por tanto, habría que dejarlas en las condiciones en que viven; es más, todos tendríamos que llegar a ser como ellas. Se trata evidentemente de una interpretación absurda, desviada, contraria a todo el resto del Evangelio. La comunidad cristiana ideal no es aquella en que todos son indigentes, sino aquella en la que “no hay ya ningún pobre» (Hch 4,34).

Otros piensan que los “pobres de espíritu» son aquellos que, aun poseyendo bienes materiales, no están apegados a ellos. Hay quien cree que los pobres son bienaventurados porque dejarán pronto de serlo. Entre tantas posibles interpretaciones, las hipótesis serias, sostenidas por diferentes y óptimos estudiosos, son al menos una docena. ¿Cuál es la justa?

Sabemos lo que significa ser pobre, es decir, no poseer cosa alguna. ¿Sabemos, sin embargo, lo que significa de espíritu? Frente a la riqueza, Jesús nunca ha mostrado actitud de desprecio. Para él, incluso la “riqueza deshonesta» se convierte en buena cuando es distribuida entre los pobres (cf. Lc 16,9). No obstante, aunque no la haya nunca condenado, Jesús la ha considerado siempre como un obstáculo peligroso para entrar en el reino de los cielos (cf. Mt 19,23). A quien quería seguirlo, les ha pedido la renuncia a todos los bienes: “quien no renuncie a sus bienes no puede ser mi discípulo» (Lc 14,33).

Es, pues, en este contexto de exigencia irrenunciable de dejar todo y de compartir con los pobres lo que se posee, donde hay que leer y entender esta bienaventuranza.

Jesús no exalta la pobreza como tal. Añadiendo lo específico de espíritu, aclara que no todos los pobres son bienaventurados. Deben considerarse tales solamente aquellos quienes por decisión libre se despojan de todo. Pobres de espíritu son aquellos que deciden no tener nada para sí mismos y de poner todo a disposición de los demás.

Pero, atención: pobre según el evangelio no es aquel que nada posee, sino quien no retiene nada para sí, que no es lo mismo. Quizás algunos ejemplos nos puedan ayudar a comprenderlo. El propietario de una gran empresa puede ser rico o pobre. Será rico si utiliza todo lo que gana de su actividad empresarial en satisfacer sus caprichos y los de sus familiares. Es pobre (aun poseyendo grandes capitales) si vive de manera digna; no derrocha nada en cosas superfluas; gestiona su riqueza preocupándose de las necesidades de los más débiles; invierte su dinero para crear nuevos puestos de trabajo...

Quien ha alcanzado una posición social de prestigio es rico si se comporta con arrogancia y altivez; humilla a los menos afortunados; piensa solamente en sí mismo. Si, por el contrario, pone su capacidad y sus dotes al servicio de los demás, si está disponible para quien tenga necesidad de su ayuda es pobre de espíritu.

Aunque sea miserable, una persona puede no ser “pobre de espíritu». No lo es si se maldice a sí mismo y a los otros; si intenta mejorar su posición social por medio de la violencia, la zancadilla y el engaño; si piensa liberarse en solitario, desinteresándose de los demás; si sueña llegar a ser rico o suplantar a los que ya lo son.

La pobreza voluntaria, la renuncia al uso egoísta de los bienes que se poseen (inteligencia, buen carácter, conocimientos, títulos académicos, posición social, dinero, tiempo libre...) no es asunto de libre opción o consejo reservado solo a algunos con vocación de héroes o para quienes quieren ser más perfectos que los demás. Es una exigencia para todo cristiano, pues esto es justamente lo que nos distingue como cristianos.

Hay que tener en cuenta que la promesa que acompaña a esta bienaventuranza no se refiere a un futuro lejano; no asegura la entrada en el paraíso después de la muerte, sino que anuncia una alegría inmediata: de ellos es el reino de los cielos. Desde el momento en que se decide ser y permanecer pobre, se entra “en el reino de los cielos», en el mundo nuevo inaugurado por Cristo.

Esta bienaventuranza no significa un mensaje de resignación sino de esperanza. No habrá ya ningún necesitado cuando todos se conviertan en “pobres de espíritu», cuando todos pongan los bienes que han recibido de Dios a disposición y servicio de los hermanos, al igual hace el mismo Dios quien, poseyendo todo, es infinitamente pobre: no retiene nada para sí, es don total, es amor sin límites.

Bienaventurados los que sufren.

El sufrimiento no es cosa buena. Dios no se complace en el dolor de los hombres; no es él quien envía desventuras y tribulaciones. Definitivamente Dios no quiere que las personas sufran.

Cuando Jesús declara bienaventurados a los “afligidos», emplea un término bien conocido para quienes están familiarizados con la Biblia. En el libro de Isaías se habla de los “afligidos», es decir, de aquellos que no tienen casa donde refugiarse ni campos que cultivar porque la heredad de sus padres les ha sido usurpada

por extranjeros; los que se ven obligados a ponerse al servicio de propietarios sin escrúpulos; los que tienen que sufrir injusticias, abusos y humillaciones (cf. Is 61,7).

A estas personas con el corazón destrozado, que se sientan en la ceniza y se visten de luto (cf. Is 61,3), el profeta dirige un mensaje de esperanza. Dios está a punto de intervenir, asegura Isaías, de cambiar radicalmente la situación eliminando las causas del luto: “alegrará a los afligidos de Sión; les dará una corona en vez de la ceniza; el aceite de los días alegres en lugar del atuendo de luto y cantos de felicidad en vez de duelo» (Is 61,3).

En la sinagoga de Nazaret Jesús se aplica a sí mismo esta profecía (cf. Lc 4,21). Ha venido a dar cumplimiento a las profecías de Dios. Los “afligidos», aquellos que experimentan profundo dolor frente a una sociedad todavía dominada por la injusticia, aquellos que se sienten insatisfechos y esperan de Dios la salvación, serán consolados. La venida del Reino ha comenzado ya a eliminar todas las situaciones causantes del dolor y de las lágrimas.

Bienaventurados los mansos, pacientes y humildes de corazón.

El adjetivo “manso» sugiere la idea de una persona resignada; que no reacciona ante las provocaciones; que acepta pasivamente y sin lamentarse las injusticias. ¿Es, pues, esta persona que huye de todo conflicto (quizás por debilidad de carácter) la que es proclamada bienaventurada? Ciertamente no.

El término “manso» usado por Jesús, está tomado del Antiguo Testamento, en concreto del Salmo 37. En este texto son llamados “mansos» aquellos que han sido privados de sus derechos, de su libertad, de sus bienes. Son pobres porque los poderosos les han arrebatado el campo, la casa, los pocos ahorros que tenían e incluso les han quitado hijos o hijas. Soportan injusticias sin ni siquiera poder protestar. No se resignan, pero rechazan recurrir a la violencia para restablecer la justicia. No se dejan guiar por la ira, no alimentan sentimientos de odio ni de venganza. Confían en Dios y esperaban la venida de su reino.

Jesús se ha presentado como “manso» el paciente y humilde de corazón (cf. Mt 11,29; 21,5) no en el sentido de “débil, tímido, pusilánime». Ha vivido conflictos dramáticos, pero los ha afrontado con las disposiciones de corazón que caracterizan a los “mansos»: ha rechazado el recurso a la violencia, ha sido paciente y tolerante, se ha convertido en siervo de todos.

¡Bienaventurados aquellos quienes, frente a las injusticias, asumen la misma actitud de Jesús! Estos recibirán de Dios la posesión de una tierra nueva; estrenarán una nueva condición donde florecerán las relaciones humanas pacíficas, donde ya no habrá más abusos ni violencias que caracterizan a un mundo todavía a merced de las patéticas “bienaventuranzas» de la “llanura».

Todos conocemos situaciones semejantes a las descritas en el Salmo 37. Sabemos que en este mundo abunda la prepotencia y la injusticia a las que hay que poner fin. Queremos dejar en herencia a nuestros hijos “una tierra» nueva, mejor que la tierra en que vivimos. Por desgracia, el ansia de justicia conduce a veces cultivar pensamientos y actitudes impropias de los “mansos». Jesús recuerda a sus discípulos que la herencia de la “tierra» ha sido prometida a los mansos, no a los violentos.

Bienaventurados lo que tienen hambre y sed de justicia.

El hambre y la sed son las necesidades más apremiantes que el hombre experimenta. Con esta ansia incontenible es como los discípulos de Cristo deben buscar “la justicia». Pero ¿de qué justicia se trata? ¿De la que se administra en nuestros tribunales? ¿Son, por tanto, bienaventurados aquellos que se alegran cuando a un criminal le viene impuesto el merecido castigo?

No es ésta, ciertamente, la justicia de la que debemos estar hambrientos. Muchas veces esta justicia no es otra cosa que retribución, venganza, represalia, crueldad, sadismo, alegría de ver sufrir a quien ha hecho el mal. Jesús está hablando de otra justicia, la de Dios. Dios es justo no porque retribuye según los méritos de cada uno, sino porque con su amor “hace justos» a los malvados. Es justo porque “quiere que todos se salven y lleguen a conocer la verdad» (1 Tim 2,4).

La expresión: “se ha hecho justicia», significa en nuestro lenguaje común que el culpable ha sido castigado, “ajusticiado». Para Dios, “se ha hecho justicia» quiere decir que un malvado se ha convertido en justo. Su justicia es siempre, sola y únicamente “salvación», es la recuperación del que hace el mal cometiendo el pecado. Quien experimenta esta hambre y esta sed, “será saciado». Compartirá la alegría misma de Dios “que no quiere que nadie se pierda» (Jn 6,39), “¿Acaso quiero yo la muerte del malvado—oráculo del Señor—y no que se convierta de su conducta y que viva?» (Ez 18,23).

Bienaventurados los que hacen obras de misericordia.

Esta bienaventuranza parece insertarse en la contraposición entre magnanimidad y el deseo de castigar al culpable. Se presenta como una invitación a hacer prevalecer siempre el perdón y la compasión. Es éste ciertamente uno de los aspectos de la “misericordia». “Sean compasivos como es compasivo el Padre de ustedes. No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados. Perdonen y serán perdonados» (Lc 6,36-37). Todo esto, sin embargo, no agota la riqueza del término bíblico “misericordia».

En la Biblia, “misericordia», más que un sentimiento de piedad, es una acción en favor de quien tiene necesidad de ayuda. El ejemplo más claro es del samaritano, de quien dice el texto griego que ha hecho misericordia a un hombre agredido por los bandidos (cf. Lc 10,37).

Los rabinos del tiempo de Jesús enseñaban que Dios es misericordioso porque hace obras de misericordia, y especificaban: “Dios vistió a los desnudos (cuando cubrió con hojas a Adán y Eva, cf. Gén 3,21), así ustedes deben vestir a los desnudos. Dios visitó a los enfermos: lo hizo con Abrahán cuando sufría a causa de la circuncisión; también cuando visitó a la estéril Sara (cf. Gén 18,1); así deben ustedes visitar a los enfermos. Dios confortó a los que estaban de luto: cuando lo hizo con Isaac después de la muerte de su padre; así ustedes deben consolar a los que están de luto. Dios dio sepultura a los muertos: fue Dios quien dio sepultura a Moisés (cf. Dt 36,6), así ustedes deben dar sepultura a los muertos».

Misericordiosos son los que, como Dios, hacen obras de misericordia; son aquellos que se comprometen a que las personas necesitadas encuentren siempre lo que necesitan. Son bienaventurados porque en el mundo nuevo, en el Reino ya presente, encontrarán siempre quien les tienda la mano cuando tengan necesidad de ayuda.

Bienaventurados los puros de corazón.

La pureza era una de las características más destacadas de la religiosidad judaica. Cualquier contacto con cultos paganos, con todo aquello que se relacionara con la muerte, debía ser evitado. De esta exigencia de pureza surgieron las prohibiciones, como las minuciosas disposiciones de los Rabinos; la vigilancia obsesiva; el esfuerzo continuo de mantenerse alejados de todo aquello percibido como contrario a la santidad de Dios. Puesto que las transgresiones eran inevitables, los judíos se veían obligados a realizar incesantemente ritos de purificación: abluciones, aspersiones, lavados, sacrificios (cf. Mc 7,3-4).

A Jesús no le interesaban estas prácticas exteriores, su preocupación eran la lealtad y la rectitud. No hay nada de externo al hombre que pueda contaminarlo: “¿No ven que lo que entra por la boca pasa al vientre y después es expulsado fuera del cuerpo? En cambio, lo que sale de la boca brota del corazón; eso sí que contamina al hombre. Porque del corazón salen las malas intenciones, adulterios, fornicación, robos, blasfemia. Esto es lo que hace impuro al hombre y no el comer sin lavarse las manos» (Mt 15,17-20).

Los puros de corazón son bienaventurados porque tienen un comportamiento ético que concuerda con la voluntad de Dios, son aquellos que tienen el corazón íntegro sin divisiones porque son aquellos que no aman contemporáneamente a Dios y a los ídolos.

No tiene un corazón puro aquel que sirve a dos patrones, aquel que tiene una conducta que no coincide con la fe que profesa, aquel que ama a Dios, pero mantiene en su corazón el rencor hacia el hermano, aquel que no comete acciones malas pero que comete adulterio en su corazón (Mt 5,28).

Los puros de corazón son bienaventurados porque a ellos, y solo a ellos, les será concedida una profunda experiencia de Dios.

Bienaventurados aquellos que se comprometen por la paz.

Entre las obras de misericordia más recomendadas por los rabinos del tiempo de Jesús, la más meritoria era poner paz, reconstruir la armonía entre las personas. Toda obra dirigida a restablecer la paz—se decía—atrae sobre el hombre las bendiciones de Dios.

Es bienaventurado ciertamente quien, sin recurrir a la violencia y al uso de las armas, se empeña con todas sus fuerzas en poner fin a las guerras y conflictos; es bienaventurado quien, mediando entre adversarios y personas en conflicto, intenta convencerles a que dialoguen y lleguen así a la concordia y la paz.

En la Biblia, la palabra “paz» (Shalom) no significa solamente ausencia de guerra. Indica un bienestar total; implica la armonía con Dios, con los demás y con uno mismo; la prosperidad, la justicia, la salud, la alegría.

Los “constructores de paz» son aquellos que se empeñan en hacer que esta vida rebosante de bienes, se derrame también sobre excluidos y marginados. A estos constructores de paz se les reserva la más bella de las promesas: Serán considerados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos a causa de la justicia.

Hay sufrimientos, tribulaciones y males que son ajenos a la voluntad humana, que golpean de improviso, sin avisar. Hay otros, sin embargo, que necesariamente acompañan a ciertas decisiones. Jesús no ha engañado a sus discípulos; les ha dicho claramente que quien se pone de parte de la “justicia de Dios», pagará cara su elección. No ha prometido una vida fácil, cómoda, llena de éxitos; no ha asegurado los aplausos y el consenso de los hombres. Ha repetido con insistencia que la adhesión a su persona lleva consigo la persecución: “No está el discípulo por encima del maestro, ni el sirviente por encima de su señor. Si al dueño de casa lo han llamado Belcebú, ¡cuánto más a los miembros de su casa!” (Mt 10,24-25).

El Antiguo Testamento habla frecuentemente de la persecución de los justos. En los Salmos nos encontramos con el justo que pide a Dios: “Sálvame de mis perseguidores y líbrame» (Sal 7,2). “¿Cuándo juzgarás a mis perseguidores? Sin causa me persiguen, socórreme» (Sal 119,84.86). Jeremías fue acosado, calumniado, encerrado en una cisterna.

Hubiéramos deseado encontrar ya en el Antiguo Testamento una bienaventuranza en referencia a los perseguidos y, sin embargo, nada. Estos son elogiados por su firmeza y rectitud; se les promete un futuro y glorioso destino (cf. Sab 2-5), pero nunca fueron proclamados bienaventurados.

En el Antiguo Testamento la persecución es considerada un mal y el hombre que la sufre no puede ser considerado feliz mientras ésta dure. Será bienaventurado solo a partir de la intervención de Dios que ponga fin a sus tribulaciones.

En el Nuevo Testamento, la perspectiva cambia. Quien sufre por su fidelidad al Señor es proclamado bienaventurado en el momento y por el hecho mismo de ser perseguido. La persecución no es un signo de fracaso, sino de éxito. Es motivo de alegría en cuanto prueba que la decisión tomada ha sido la justa, es decir, aquella conforme a la “sabiduría de Dios».

Es inevitable que aquellos que se comprometen a instaurar una sociedad alternativa basada en la lógica “del monte», sean perseguidos. Esas personas ponen en crisis las instituciones en que los fuertes prevalecen sobre los débiles, los ricos sobre los pobres, los privilegiados sobre los desfavorecidos, los dueños sobre los siervos. Los opresores saben que la venida del Reino amenaza su posición, por eso arremeten con violencia contra cualquiera que luche contra la corrupción, la arrogancia, la pobreza, la injusticia, la discriminación.

Jesús ha sugerido cómo comportarse en momentos de persecución: “Pero yo les digo: amen a sus enemigos y recen por sus perseguidores» (Mt 5,44). A su vez, Pablo recomienda: “Bendigan a aquellos que les persiguen» (Rom 12,14). La única fuerza capaz de quebrar la espiral de la violencia es aquella del amor y del perdón.

Conmemoración de los Fieles difuntos

Evangelio: Mateo 25,31-46

Cuando el Hijo del Hombre llegue con majestad, acompañado de todos sus ángeles, se sentará en su trono de gloria y todas las naciones serán reunidas en su presencia. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Colocará a las ovejas a su derecha y a las cabras a su izquierda. Entonces el rey dirá a los de la derecha: Vengan, benditos de mi Padre, a recibir el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, era emigrante y me recibieron, estaba desnudo y me vistieron, estaba enfermo y me visitaron, estaba encarcelado y me vinieron a ver. Los justos le responderán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber, emigrante y te recibimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o encarcelado y fuimos a visitarte? El rey les contestará: Les aseguro que lo que hayan hecho a uno solo de éstos, mis hermanos menores, me lo hicieron a mí. Después dirá a los de su izquierda: Apártense de mí, malditos, vayan al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me dieron de comer, tuve sed y no me dieron de beber, era emigrante y no me recibieron, estaba desnudo y no me vistieron, estaba enfermo y encarcelado y no me visitaron. Ellos replicarán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, emigrante o desnudo, enfermo o encarcelado y no te socorrimos? Él responderá: Les aseguro que lo que no hicieron a uno de estos más pequeños no me lo hicieron a mí. 25,46: Éstos irán al castigo perpetuo y los justos a la vida eterna. – Palabra del Señor

Un Dios que condena despiadadamente es, para un cristiano, bastante embarazoso. No se entiende cómo las terribles amenazas referidas en los vv. 41-46 puedan ser consideradas como “evangelio”, es decir, como “buena noticia”, como “anuncio de salvación”.

Existe una dificultad aún mayor: ¿cómo poner de acuerdo al Dios severo que aparece en el pasaje de hoy con el Padre de quien habla todo el evangelio? Él, que “hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos”, que exige de sus hijos que no hagan distinciones entre buenos y malos (Mt 5,43-48), ¿cómo puede, a un cierto punto, ordenar una separación que a nosotros nos manda no hacer nunca? Si arroja al fuego eterno a sus enemigos, no puede exigir de nosotros que amemos a nuestros enemigos (cf. Mt 19,10). Jesús, que ha venido a “buscar y salvar lo perdido” (Lc 19,10) y se gloria de ser “amigo de recaudadores de impuestos y pecadores” (Lc 7,34), ¿podrá un día enfrentarse contra nosotros?

También la “justicia” de este Dios deja mucho que desear: ¿podrá el pecado del hombre (criatura frágil, limitada, finita) ser castigado con un castigo infinito, “eterno”? No hay proporción alguna entre el castigo y la falta. Si, por otra parte, el hombre permanece libre –como es cierto– por toda la eternidad, ¿por qué los que han obrado mal deberán obstinarse en sus errores? ¿Qué es lo que les hará tan testarudos? ¿Quizás el encuentro con Dios? Estos son algunos de los interrogantes que muchos se plantean frente a este pasaje del evangelio. Son interrogantes serios, pero podrían tener su origen en una interpretación incorrecta del texto.

La duda surge en el momento en que se considera el contexto en que esta descripción del “juicio” es colocada. Basta leer lo que sigue. Después de la escena grandiosa en que el Hijo del hombre, por decirlo así, despliega todo su poder, he aquí lo que sucede: “Dentro de dos días se celebra la Pascua –dice Jesús– y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado” (Mt 26,2). Es para quedarse sin palabras: de la celebración del triunfo se pasa a la más innoble de las derrotas. Parecen dos situaciones opuestas, irreconciliables y, sin embargo, se trata de dos momentos gloriosos de una misma victoria, la victoria del amor. El Cristo que “juzga” es el mismo que se entrega en manos de aquellos a quienes ama y es justamente “en cuanto víctima por amor” que se convierte en juez: Él es el “hombre ideal” según Dios, el hombre auténtico, con el que todos tienen que compararse, ya desde ahora, para ver si están construyendo la vida o están poniendo las bases para un fracaso. Volveremos sobre el argumento. Ahora examinemos el texto.

En Palestina, al atardecer, los pastores suelen separar las ovejas de las cabras. Éstas, más sensibles al frío, son colocadas bajo techado mientras que las ovejas, cubiertas como están de lana, gustan del fresco de la noche y no tienen problemas en pernoctar al descubierto. Jesús se sirve de esta imagen, tomada de la vida de cada día, para transmitir su mensaje. Para entenderlo, hay que prestar atención, en primer lugar, al género literario. Una lectura precipitada, superficial, quizás también un poco ingenua, del pasaje evangélico corre el riesgo de sacar conclusiones teológicas que, a la luz de un estudio más atento y cuidadoso, pueden aparecer infundadas e incluso desviadas.

El lenguaje es el típico de los predicadores del tiempo quienes, para conmover a sus oyentes, solían hacer uso de imágenes impresionantes: castigos tremendos, fuego inextinguible, penas eternas. Se decía, por ejemplo: “Mientras la especie humana tiembla, las bestias se alegran, pues les va mejor que a los humanos ya que no tienen que esperar ningún juicio”. Prestemos atención, sin embargo: cuando los rabinos hablaban del “fuego de la Gehena” no se referían al infierno, sino al fuego que ardía constantemente en el valle que rodeaba a Jerusalén y que servía como basurero de la ciudad. El adjetivo “eterno” no tenía, pues, las connotaciones filosóficas que tiene hoy, sino que era usado popularmente para significar, de manera genérica, un periodo de tiempo “largo”, “indefinido”.

Este pasaje evangélico es considerado generalmente como una parábola, pero esto no es exacto; pertenece al género literario llamado escena de juicio, que se encuentra tanto en la Biblia (cf. Dn 7) como en la literatura rabínica. El esquema según el cual viene estructurado, es siempre el mismo: hay una presentación del juez, acompañado de ángeles que hacen las veces de asistentes y de guardias de seguridad; viene después la convocatoria de todas las gentes, la separación por grupos, la pronunciación de la sentencia y, finalmente, los justos son premiados y los impíos castigados.

El objetivo de este género literario –quede bien claro desde el principio– no es el de informar a cerca de lo que ocurrirá al final del mundo, sino el de enseñar a cómo comportarse hoy.

Como ejemplo, he aquí una escena de juicio de la literatura rabínica que muestra una impresionante analogía con nuestro texto: “En el mundo futuro se le preguntará a quien es juzgado: ¿cuáles son tus obras? Si responde: ‘he dado de comer a quien tenía hambre’, se le dirá: ‘esta es la puerta del Señor, entra a través de ella’ (cf. Sal 118,20). Si responde: ‘he dado de beber al sediento’, se le dirá: ‘esta es la puerta del Señor entra a través de ella’; si responde: ‘he vestido al desnudo’, se le dirá: ‘esta es la puerta del Señor, entra a

través de ella'. Lo mismo ocurrirá con quien se ha hecho cargo del huérfano, con quien ha dado limosna, con quien ha realizado obras de amor" (Midrash del Salmo 118,17).

Está claro que, refiriendo este diálogo, los rabinos no pretendían desvelar las palabras que Dios pronunciará al final del mundo, sino que querían inculcar los valores que sirvieran de sólido fundamento a la vida en este mundo.

Examinemos ahora la estructura del pasaje de Mateo. Es fácil de definir. Comienza con una introducción (vv. 31-33) seguida de dos diálogos (vv. 34-40; 41-46) que se desarrollan de modo idéntico y paralelo: el rey pronuncia la sentencia (de aprobación en un caso y de condena en el otro) y explica la razón. Ambos casos suscitan una objeción que el juez responde respectivamente.

Es fácil también establecer el mensaje que Jesús quiere transmitir: los años de la vida del hombre constituyen un bien precioso, un tesoro que hay que administrar bien. No puede uno equivocarse porque la vida es una sola: Jesús sugiere cómo hay que vivirla.

Los rabinos decían: el mundo presente es como una tierra seca, el mundo futuro es como el mar; si un hombre no prepara el alimento sobre la tierra seca ¿qué comerá sobre el mar? Este mundo es como una tierra cultivada, el mundo futuro como un desierto; si un hombre no prepara la comida sobre la tierra cultivada ¿qué comerá en el desierto? Hará rechinar sus dientes y morderá su carne; desesperado, desgarrará sus vestidos y se arrancará el cabello.

Para Jesús, la vida del hombre es más importante que para los rabinos, por eso revela a los discípulos los valores que proporcionarán un seguro fundamento a esta vida humana. ¿Qué valores? No es difícil descubrirlos porque ocupan la mitad del relato y son tan importantes que Jesús los repite cuatro veces, a riesgo de aparecer monótono: se trata de las seis obras de misericordia.

La lista de las personas a ayudar—el hambriento, el sediento, el extranjero, el desnudo, el enfermo y el encarcelado (vv. 35-36.42-43)—era conocida en todo el Medio Oriente (cf. Is 58,6-7). Es célebre el capítulo 125 del Libro de los muertos, el texto que en Egipto, desde el segundo milenio antes de Cristo, era colocado junto al difunto en el momento del entierro. Esto era lo que había que declarar ante el tribunal de Osiris: "Yo he practicado lo que hace alegrar a los dioses. He dado pan al hambriento, he dado agua al sediento, he vestido al desnudo, he ofrecido un viaje a quien no tenía barca". La única novedad aportada por Jesús es que Él se identifica con estas personas: lo que se haga a uno de estos pequeños, a él se hace.

Los valores que sugiere no son semejantes a aquellos por los que la mayoría de los hombres pierden la cabeza, sino son los que de verdad cuentan a los ojos de Dios.

¿Cuál es el ideal de hombre exitoso para nuestra sociedad? Es aquel que detenta poder, que es rico, que puede permitirse satisfacer todos sus caprichos, que es buscado por las cámaras de televisión. "Hombres de éxito" son el atleta que hace enloquecer los estadios, la estrella televisiva o cualquiera que haya logrado convertirse en un personaje por notoriedad o por carrera.

¿Cuál es el pensamiento de Dios? Cuando concluya la historia de todo hombre sobre la tierra, cuando cada uno se encuentre solo con sí mismo y con Dios, solo un bien resultará precioso: el amor. La vida de cada uno será considerada como éxito o fracaso de acuerdo con el compromiso de la persona en eliminar seis situaciones de sufrimiento y de pobreza: el hambre, la sed, el exilio, la desnudez, la enfermedad, la prisión.

Un detalle viene cuidadosamente resaltado en el relato: ninguno de los que han practicado estas obras de misericordia se ha dado cuenta de haberlas hecho a Cristo. El amor es auténtico solamente si es desinteresado, si está libre aun de toda sospecha de autocomplacencia; quien actúa en vistas a la recompensa, incluso la del cielo, no ama aún de forma genuina.

¿Y la condena? Los rabinos solían repetir dos veces sus enseñanzas para gravarlas mejor en la mente de sus discípulos. Frecuentemente presentaban el mensaje primero en forma positiva y después en forma negativa. Recurrían al conocido "paralelismo antitético", usado también por Jesús (cf. Lc 6,20-26; Mt 7,24-27; Mc 16,16...).

Nuestro pasaje es un ejemplo de ello: la segunda parte (vv. 41-45) no añade absolutamente nada a la primera; se trata de un expediente estilístico para resaltar el concepto ya expresado. Lo que urge a Jesús no es aterrorizar a sus oyentes agitando el espantajo del infierno, sino indicar —con imágenes fuertes, porque el peligro de desperdiciar la vida es muy serio— lo que verdaderamente cuenta. No pretende anunciar lo que

acontecerá al final del mundo, sino hacer reflexionar, abrir los ojos, mostrar el juicio de Dios sobre las decisiones que debemos tomar hoy.

Un simple ejemplo podrá ayudarnos a comprender mejor lo dicho. En una joyería están expuestos dos collares, uno de puro oro aunque un poco desgastado por el tiempo, el otro de latón bruñido pero muy brillantado. Entra un comprador inexperto y se siente atraído y fascinado por la brillantez del collar de latón. Afortunadamente aparece un entendido y lo pone en guardia: ¡Cuidado -le dice- no desperdices tu dinero en esta chuchería o bagatela!

Este juicio salva al comprador inexperto. Aun en el caso de que el entendido usara expresiones duras y amenazadoras, su juicio sería siempre un juicio de salvación.

Creer que la escena del juicio descrita por Jesús se refiere a la condena de los pecadores a las penas del infierno es, cuanto menos, arriesgado. El infierno existe, pero no es un lugar creado por Dios para castigar, al final de la vida, a quien se haya comportado mal. Es una condición de infelicidad y desesperación, consecuencia del pecado. Del infierno del pecado, sin embargo, se puede salir: la liberación nos viene de Cristo y de su juicio de salvación.

Pero, al final ¿no castigará Dios a los malvados?

A nosotros un juez nos parece justo cuando, después de haber evaluado el mal cometido, castiga con equidad. Pero ésta no es la justicia de Dios. Él es justo no porque premia o castiga conforme a nuestros criterios y expectativas –en tal caso no habría esperanza para nadie y todos terminaríamos condenados– sino porque es capaz de convertir en justos a los malvados (cf. Rom 3,21-26).

La cuestión, por tanto, no es quién será considerado oveja y quién cabra al final del mundo, sino en qué ocasiones hoy nos comportamos como ovejas y en que ocasiones nos comportamos como cabras. Somos ovejas cuando amamos al hermano, somos cabras cuando lo descuidamos.

¿Qué sucederá al final?

Es verdaderamente difícil creer que el buen pastor –a quien nadie logrará arrebatarse ni una sola de sus ovejas (cf. Jn 10,28)– después de habernos dejado saltar como cabritos una vez a la derecha y otra vez a la izquierda, no encuentre la manera de convertirnos a todos... en corderos suyos.

Domingo XXXI durante el año, ciclo "A".

Evangelio: Mateo 23,1-12

En aquel tiempo, Jesús, dirigiéndose a la multitud y a sus discípulos, 23,2: dijo: En la cátedra de Moisés se han sentado los letrados y los fariseos. 23,3: Ustedes hagan y cumplan lo que ellos digan, pero no los imiten; porque dicen y no hacen. 23,4: Atan fardos pesados, [difíciles de llevar,] y se los cargan en la espalda a la gente, mientras ellos se niegan a moverlos con el dedo. 23,5: Todo lo hacen para exhibirse ante la gente: llevan cintas anchas y flecos llamativos en sus mantos. 23,6: Les gusta ocupar los primeros puestos en las comidas y los primeros asientos en las sinagogas; 23,7: que los salude la gente por la calle y los llamen maestros. 23,8: Ustedes no se hagan llamar maestros, porque uno solo es su maestro, mientras que todos ustedes son hermanos. 23,9: En la tierra a nadie llamen padre, pues uno solo es su Padre, el del cielo. 23,10: Ni se llamen jefes, porque sólo tienen un jefe que es el Mesías. 23,11: El mayor de ustedes que se haga servidor de los demás. 23,12: Quien se alaba será humillado, quien se humilla será alabado. –

Palabra del Señor

Si leemos todo el capítulo del cual se extrae este pasaje, no podemos menos de quedarnos perplejos por el lenguaje duro utilizado por Jesús. Como un canto triste vuelve a los labios, siete veces, la invectiva: "¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas". No estamos acostumbrados a oír a Jesús dirigirse a personas de esta manera y tenemos también la impresión de que sus amenazas son excesivas. No parece que a los escribas y fariseos se le pudiesen culpar a todos los delitos que se les atribuyen. Estaban orgullosos y felices de su justicia, la ostentaban delante de todos, pero es difícil reconocerlos en la descripción polémica que de ellos hace Mateo. Pablo, educado según la espiritualidad de esta escuela, se jactaba de ser "fariseo respecto a la ley, irreprochable en cuanto al cumplimiento de la ley" (Fil 3,4-6); "Como fariseo –declaraba– yo pertenecía a la secta más estricta de nuestra religión" (Hch 26,5) y escribió a los romanos: "Doy testimonio a su favor de que sienten fervor por Dios" (Rom 10,2).

Por último, incluso si fuera cierta la presentación que se hace de ellos, nos preguntamos qué sentido tiene para hoy para la meditación de los cristianos la larga lista de cargos contra los fariseos de hace dos mil años. Es importante tener en cuenta el género literario de esta página, si no se quiere perder el mensaje de que no está dirigido a los Judíos de la época de Jesús, sino a las comunidades cristianas de hoy. Las palabras del Maestro son duras porque el peligro denunciado es grave. El “fariseo” es un personaje típico: representa una forma de pensar, juzgar, actuar frente al Evangelio; los pensamientos y las creencias de los fariseos se infiltran sutilmente entre los discípulos y se asimilan fácilmente.

Para comprender correctamente este texto, comprobamos primero a quién habla Jesús, a quién dirige sus siete, terribles “Ay”. La respuesta parece obvia: los destinatarios son los escribas y fariseos de su tiempo. Pero no es así. Desde el primer versículo del capítulo queda claro que Jesús está hablando a “las multitudes y a sus discípulos”; éstos son los que corren en riesgo de comportarse como “fariseos”. Ahora se nos llama a nosotros para oír sus reproches.

El texto que se está proponiendo hoy no incluye la parte más difícil de su discurso, el de los siete “¡Ay de ustedes” exponen, en un crescendo dramático, las contradicciones de la conducta farisaica: de cerrar del reino de los cielos delante de los hombres, de no entrar e impedir que otros accedan a ella, hasta aquella que mata a los profetas (vv. 13-32). Sin embargo, estos pocos versos son suficientes para identificar algunos aspectos característicos del fariseísmo y verificar, como en un espejo, dónde y cómo el fariseísmo persiste en nuestras comunidades.

Es un fariseo, en primer lugar, el que ocupa una silla que no es suya (v. 2).

En la sinagoga de Corozáin se encontró un asiento de basalto, aparentemente servía al escriba encargado de explicar las Escrituras. En cada sinagoga había uno similar y era llamado “la cátedra de Moisés”, porque se creía que, en las palabras del rabino que estaba sentado allí, el mismo Moisés enseñaba la ley al pueblo.

Jesús usa la imagen de esta silla para delinear la primera característica negativa de pertenencia a la secta de los fariseos: el abuso de autoridad.

En el libro de Deuteronomio se afirma que los sucesores de Moisés –los encargados de transmitir al pueblo la palabra de Dios– son los profetas (Dt 18,15.18). Pero cuando, en los últimos siglos antes de Cristo, los profetas desaparecieron, su lugar fue ocupado de inmediato y de manera ilegal por los escribas. Así de la profecía se pasó a las prescripciones y disposiciones de los rabinos, que los hacían pasar como “palabra y voluntad de Dios”.

Quien hoy reduce la relación con el Señor a la observancia de las normas y preceptos, quien sustituye la profecía con los códigos de leyes, los que predicán un legalismo que ahoga la espontaneidad y quita la alegría de ser siempre amado y aceptado por Dios está perpetuando espiritualidad farisaica.

El v. 3 sorprende ya que parece hablar positivamente de la autoridad moral de los fariseos que, en el resto del evangelio, se critica de manera sistemática: “Cuidado con la doctrina de los fariseos”, Jesús recomienda a sus discípulos (Mt 16,12). Aquí, por lo tanto, no puede instar a asimilar sus enseñanzas. El versículo debe entenderse en un sentido irónico, diciendo: “Sigan, sigan bien su discurso vacío y absurdo y pronto se darán cuenta de qué lejos están de Dios”.

Por tanto, se evidencia aquí la segunda característica del fariseo, la incoherencia. Fariseo es alguien que dice y no hace, se presenta como persona piadosa, habla bellos discursos sobre el amor, la paz, el respeto de los demás, pero hábilmente evita involucrarse con estas declaraciones de principios.

Son oportunas las declaraciones solemnes bien articuladas, pero también hay que estar atentos para no caer en los errores en los que se denuncian. Son nobles las peticiones de perdón por los crímenes del pasado, pero también deben ser conscientes de que, de estas mismas raíces, está la savia y la fuerza del mal y la conducta reprochable hoy.

La tercera característica de los fariseos es cargar cargas insostenibles sobre los hombros de la gente (v. 4). Cometan un error con consecuencias devastadoras: reducen la fe y el amor de Dios a la práctica de la religión; predicán la fidelidad a los preceptos, observando los cuales –dicen– se puede tranquilamente sentirse a gusto y en paz con el Señor. Pero de esta manera se lanza al hombre a un círculo vicioso: leyes, transgresiones inevitables, los ritos de purificación, luego nuevas leyes, cada vez más estrictas, detalladas, rigurosamente interpretadas con el resultado de quitar el aliento, de hacer la vida imposible, de causar ansiedades en lugar de conducir a la paz interior. Nace la religión judía representada por tinajas de piedra

vacías, es la fiesta de la boda sin vino, sin alegría porque carece del ímpetu de amor a Dios, libre y confiada (Jn 2,1-11).

Los escribas que han impuesto estas leyes no mueven ni un dedo para ayudar a las personas, aplastadas por el peso de estos preceptos. “No queremos mover ni un dedo,” no tienen en cuenta las circunstancias reales, no sugieren interpretaciones menos rígidas, no invitan a buscar lo esencial (v. 4). Jesús se conmueve frente a esta situación e interviene para librar a la gente de una carga que se hizo insostenible: “Vengan a mí –dices– los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré...” (Mt 11,28-30). Es una invitación a tomar sobre sí un solo yugo, dulce y ligero, el del amor. Incluso Pablo recomienda: “Que la única deuda que tengan con los demás sea la del amor mutuo” (Rom 13,8).

Quien hoy intenta imponer a la gente “cargas absurdas e intolerables”, quien dicta normas arbitrariamente, los que se preocupan por las minucias que Jesús no ha acentuado, quien filtra el mosquito y se traga el camello (Mt 23,24) actúa como un fariseo.

La cuarta característica de los fariseos es el exhibicionismo (vv. 5-7), el deseo de aparentar. Esta costumbre estaba profundamente arraigada, por eso Jesús la denuncia a menudo: “¿Cómo pueden creer –dice una vez– si viven pendientes del honor que se dan unos a otros, en lugar de buscar el honor que sólo viene de Dios?” (Jn 5:44) y llama hipócritas a los que practican las buenas obras delante de los hombres, para ser vistos, los que rezan de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos, los que ayunan con aire melancólico, para que todos se den cuenta de que se están mortificando (Mt 6,1.5.16).

En el pasaje de hoy se describen otros trucos con los que los fariseos tratan de obtener el reconocimiento, el lugar de honor en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas: llevan cintas anchas y flecos llamativos en sus manos durante la oración.

Hoy en día el deseo de atraer la atención de la gente, el deseo de tener las cámaras enfocándolos, no ha desaparecido. Se pretende subrayar y publicitar el bien que haces y te molesta cuando esto no sucede. Podemos decir con seguridad que no todos los cristianos hacen buenas acciones con la esperanza de que nadie lo note, haciendo todo lo posible para garantizar que “la izquierda no sepa lo que hace la derecha” (Mt 6,3).

En la última parte del Evangelio de hoy (vv. 8-12) se presenta la imagen de la comunidad cristiana auténtica, aquella en la que todas las formas de superioridad y la desigualdad se han eliminado. Es lo contrario de la sociedad, tanto civil como religiosa, donde están reconocidas y aprobadas las clases, la discriminación, las distinciones entre los superiores y los súbditos.

Hay temas que consideramos importantes y a los cuales Jesús, sin embargo, les dio poca importancia, pero en el tema de los primeros lugares, los títulos honoríficos, la inclinación, el besamanos, la adulación es de una claridad, y de una radicalidad y una tal insistencia que se hace evidente que llevaba esta preocupación en su corazón, era una parte central de su mensaje.

Surge entre los discípulos en la última cena, la discusión sobre cuál de ellos era el mayor. Él les dijo: “Los reyes de los paganos los tienen sometidos y los que imponen su autoridad se hacen llamar benefactores. Ustedes no sean así; al contrario, el más importante entre ustedes compórtese como si fuera el último y el que manda como el que sirve” (Lc 22,25-26).

Es la inversión de los criterios de este mundo. Jesús está tan preocupado que estos criterios podrían resurgir o que se mezclen en la comunidad cristiana, que prohíbe explícitamente el uso incluso aparentemente inocuo, de títulos honoríficos. Recuerde tres, los que se utilizaban en su tiempo por el pueblo para las personas honradas y respetadas: Rabí (que significa “mi gran”), padre (que significa “modelo de vida y comportamiento”) y maestro (es decir, “guía espiritual”).

Es inútil elaborar interpretaciones reductivas y conciliadoras o disquisiciones sutiles, para intentar justificarlos. Jesús ha hablado de manera inequívoca; sus palabras están entre las más claras y quizás incluso entre las más importantes. Hoy no sería menos rígido en este punto, era demasiado alérgico al “fariseísmo” y no iba a tolerar que, entre sus discípulos, se infiltrara incluso la apariencia de tal comportamiento.

En la comunidad cristiana los únicos títulos bendecidos son: hermano, hermana, discípulo, siervo y aquellos que indican un ministerio, un servicio; otros deben ser prohibidos y deben suscitar inquietud no sólo en aquellos que lo dicen, sino también en aquellos que lo reciben. No es casualidad que en los Padres Apostólicos (entonces y hasta mediados del siglo II d.C.), el término “padre” sea reservado para Dios y es significativo que, a finales del siglo IV d.C., Jerónimo observa: “El Señor advirtió de no llamar padre a nadie, sino sólo a Dios. No entiendo a los que han autorizado a los superiores de los monasterios para que sean llamados ‘Abad’, o cómo podemos permitir que alguien llame de esta manera”.

Las últimas palabras del Evangelio de hoy reproducen en síntesis todo el mensaje expuesto: “El mayor de ustedes que se haga servidor de los demás; quien se alaba será humillado, quien se humilla será alabado” (v. 11).